

ÁLVAREZ DE VELASCO Y ZORRILLA, FRANCISCO (1647-c.1703)

AL APOLO AFRICANO
(San Agustín)

Tu solo (Lector mío)
El blanco riguroso
Eres del susto de mi desvarío:
Ya te oygo maldiciente, ya escabroso,
Murmurando sañudo
El torpe buelo de mi Metro rudo,
Mirando que qual Ycaro atrevido,
A Sol de mas incendios se ha subido,

De leves plumas fabricando escalas;
Con cuyo atrevimiento,
Derretida la cera de su acento,
El arrojado examina de sus alas,
Dando desengañada en la experiencia,
De la Barbaridad de su demencia:

Mas ya que veo mi yerro, séame escusa
La devoción; y si esta no me basta,
Ya responde mi Musa,
Que assi como el Gilguero también bronca,
Al Sol saluda la chicharra ronca,
Y admite por obsequio mas propicio
Del vil animalillo el sacrificio;

Que el esquivo desdén con que Saturna,
La Lechuza se esconde del Nocturna:
Mas ya que esta me admities por disculpa,
No de mi brevedad me formes culpa;
Porque si terco de esto me hazes cargo,
Mas yerra quien en yerros es mas largo:
Y assi como imposible, loco fuera,
El que alguno arrojado pretendiera
Dar noticia de todas las mansiones,
Que el Sol al día visita, y sus Regiones.

Mas atrevida bárbara ossadía
Fuera, querer oy con la pluma mía

Registrar de mi Santo
Los claros resplandores,
Nunca alabadas, bien de mejor canto,
Sí ocultos; porque en claros esplendores,
Mejor el Sol se explica
Con su luz, que la suya testifica,
Que con hermosas frases, con pinturas,
Que aun con la misma luz quedan oscuras;

Qual fuera assi, la que en papel prolixo,
De Augustino intentara
La luz copiar, quando con voz mas clara,
El que dixo Augustin, todo lo dixo;
Como el que dixo Sol, todas sus luzes;
Y el que Mar, sus abismos, y arcaduces.

Mas ay! como rezelo ya en tu filo
Las reprehensiones de mi humilde estilo;
Mas con licencia tuya en el processo,
Que de sencillo contra mi fulminas,
Que he procurado serlo te confieso;
Porque siempre lo oculto ha sido duro
A mi humor, presumiendo, que el que obscuro
A la sombra se esconde de sus nieblas,
Culpa tiene, pues busca las tinieblas;

O es tan soberbio, presumido, o necio,
Que haziendo vano del Lector desprecio,
Dél haze escarnio; pues si bien se infiere,
No darle gusto, examinarlo quiere:
Y assi en sus tenebrosos aterreres,
Mas procura Adivinos, que Lectores.
Por esto con sencillas claridades
Busco, si no tu aplauso, tus piedades,
Confessando rendido en mis borrones,

Ser justas tus severas delaciones;
Que como yo consiga oy a mi Santo,
Darle un devoto mas, en gusto tanto,
De ti solo censura, en esta Historia
Espero, y de mi Santo ver la Gloria,
Que consiguen por el, los que animosos
De su favor se valen fervorosos;
El nos conceda con glorioso alarde,
Gozar con el de Dios, y a ti te guarde.

Explicación del título

Juzgó la Antigüedad, siempre atrevida,
Que su Diosa Latona, perseguida
Del Monstruo Phitoniso, que rabioso
Estorvar procurava, cauteloso
De Apolo el parto, conociendo fuerte
Ya en su aljava su muerte,
Siempre assaltada de tan dura Guerra,
No hallando Puerto aun en la misma tierra.

En la de Delphos Isla, fue amparada
Del gran Neptuno, Padre de los Mares,
En donde sus pesares,
Convertidos en gloria, vio logradas
De su Apolo la luz, y a su destreza
De la Sierpe rendida la cabeza.

A este, pues, joven de valor ardiente,
Adoraron por Sol, y por su Oriente
Esta de Delphos Isla, en cuyas Aras
Del escuchaban soluciones claras,
Cuya elegancia al Gentilismo todo,
Hizo del mismo modo
Por Deydad lo adorassen, sin excusas
De las Sciencias, los Artes, y las Musas:
(¡O qué Moralidad! qué buen reparo,
Para los que estudiando obscuridades,
De las Sciencias presumen ser Deydades,
Quando su mismo Dios es el mas claro,!)

Estas, pues, circunstancias a mi pluma,
En su epitome tosco, poema, o suma,
A llamar obligaron Peregrino,
El Apolo Africano mi Augustino.

Contemplé alguna vez, que la quimera
De Latona, y su Sierpe verdadera
En Mónica se hazia, quando temiendo
La Heregia, y previniendo
La muerte, que después halló en su aljava,
Porque su llanto en fin no le pareciesse
Otra vez para el Cielo, y pereciesse.
Con tu temor a Mónica assaltava,
Siempre aflagida, hasta que dulce el Santo

Espíritu le dio Puerto en su llanto.

Llamar a Apolo Sol, burla fue necia,
Serlo Augustin ardiente de la Iglesia,
Por verdad lo confirman los mayores
Astros, que en ella alumbran superiores.
Ser de las Sciencias Dios, ficcion fue loca,
Que esso solo le toca
A este otro Sol, Oráculo, que digno,
Sobre todas influye, el mas benigno,
Hallando en estas dudas oy Christianas,
Voz en sus solios, Soles en sus planas;
Que Oráculo veloz en sus respuestas,
De todos satisface las propuestas.

Es retoque también de aquesta copia
Las flechas, y los rayos, que pusieron
Aquellos a su Apolo, y no entendieron.
Ser en él loco escarnio, y solo propria
Esta idea de mi Santo, a quien en suma
La Iglesia en vez de flecha, con la pluma
Nos le pinta en la mano, qual sangriento
De Alcides, o Cupido arpón violento;
Que algunas vezes blando, otras terrible,
A uno valiente rinde, a otro apacible;

Pues si alguno tal vez a su eficacia
Resistirse pretende con audacia;
Cogido al fin se rinde en su estrechura
A la fuerza sagaz de su dulzura,
Reparando por .ultimo en su mano
El verso, obviamente, debe decir
Porque su llanto en fin no pareciesse
Su corazón ardiendo, siempre ufano,
En quien otro Equinocio mas Divino,
El Sol hallara; y por mejor camino,
Mejor pasto de rayos,
Siempre encendidos, nunca con desmayos;

Que a dos luzes haziendo su ossadía,
Halla en ellas la Iglesia, y Heregia
Influencia tan distinta, que eloquentes
Con unas mismas luzes diferentes
Forja efectos, fundiendo en sus crisoles,
Para unos rayos, y para otros soles;

Por lo qual otro Dios no halló mi Canto,
Que mas ayre le diesse a mi gran Santo,
Que este, para sacar de un Sol fingido,
Un verdadero Sol, que oy encendido,
Alumbrando veloz de Polo a Polo,
Del África nació para Sol solo.

EL APOLO AFRICANO

CANCION I

No de otro modo, quando al Sol los brazos
La de Cephalo amante desdeñada
Le echa entre velos, y el con luz medrosa
Azia ella mueve los primeros passos,
Y en sombras, claridad mal pronunciada,
Vivía la África en otra tan dudosa,
Hasta que venturosa,
Floreciendo Augustino,
Nuevo Astro Peregrino,
Para ser de la Iglesia honroso engaste,
Otro Sol fue, que apareció en Tagaste.
Que supo deponiendo pardas nieblas,
Luzes confeccionar de las tinieblas.

CANCION II

Patricio, nombre con que Roma honrava
A sus mas nobles Padres, fue el Alcides,
Que en la Columna que la Iglesia goza,
El Non plus ultra de las Sciencias grava.
Este guerreava en las campales Lides,
De las que en perlas Mónica su esposa
Le trazava mañosa
Nueva Mirra en el llanto;
Que porque su quebranto
Alivio halle en las lagrimas que adora,
Unas vezes las bebe, otras las llora:
Y en fin merece tanto
La assidua batería de ellas severa,
Que aquel de bronce León se hace de cera.

CANCION III

Assi Divina prevención parece
Proceda de dos Padres, sin querella
De dos tan desiguales Religiones;
Pues si el Verbo, que es Luz, Niño aparece,
Disputando entre Sabios luz de aquella,
Augustino es bien nazca entre questiones,
Tan dado a las secciones
De agudas diferencias,
Que fuesse en sus violencias,
Y entre las mas sophisticas, y astutas,
Su A.B.C. y su Cartilla las disputas;
Porque hecho a Conferencias,
De argumentos, de dudas, y de abismos,
Gorgeasse en vez de arrullos sylogismos.

CANCION IV

Vaheando estava aun la ponzoña fiera
De Arrio, que contra el Cielo, qual Thipheo,
De errores pretendía labrar escalas,
Por destruir contumaz la gloria Trina
Quando contra este Bárbaro Alcioneo
Nace este Hércules fuerte, a cuyas balas
Rinde sus locas alas
En este mismo día;
Porque la valentía
De su ingenio campeasse en mayor guerra,
Pelagio apareció en Inglaterra,
Porque dar no quería
El Cielo esta quimera tan sin tino,
Sin un Bellerophoointe en Augustino.

CANCION V

Bien qual carbunclo, que animado día
Por la Zona descubre de su frente,
Los que tal vez oculta resplandores,
Assi por la confusa zelosía
De la puericia, centellando ardiente,
Descubría aquel Ingenio sus ardores,
Con tantos vivos fulgores,
Que parece supo antes,

Sin que sean arrogantes,
Temerarios hyperboles, o arrojos,
Dispertar el Ingenio, que los ojos,
Mirándose brillantes,
Antes en el con misterioso aliño,
Travesuras de Ingenio, que de Niño.

CANCION VI

Assi en todo su Ingenio está tan diestro,
Que entrando a la Retórica eloquente,
Vozal la desconoce su arrogancia,
Porque en sí tiene mejorado Maestro,
Y en su labio un Ministro a él obediente;
Que jamás rompe voz sin elegancia,
Eco sin consonancia,
Acento sin figura;
Porque fue con dulzura,
Para ser de eloquencia honrosa mengua,
La Retórica en el nativa lengua;
Pues fuera, si se apura,
En la suya más fácil, sin querella,
No usándola, no hablar, que hablar sin ella.

CANCION VII

Su labio por su espíritu amoldado,
Al humor de su Ingenio está tan hecho,
Tan hallado a su estilo, tan a su uso,
Que a menos concebir se hallara ahogado,
Si a menos aflucion también estrecho.
Aquel de ideas Ejército difuso,
Hallarse confuso,
El comercio copioso
De aquel numen Glorioso,
Su traducción en turbación embuelta,
A tratarse con vos menos resuelta,
Ni su Ingenio animoso
De otra lengua sus partos confiara,
Ni ella a menos conceptos se amañara.

CANCION VIII

Allí la erudición estudia gracia,
Allí aprenden los Sénecas sentencias,
Los Demóstenes, y Enios energía,
Los Retóricos Tulios eficacia,
Los Ovidios, y Eurípides cadencias,
Los Virgilio, y Homeros armonía,
Los Orpheos melodía,
Mitholoóicas sales
Los Gelios, y Natales;
Y en la que la Arithmética da abismos,
Los puntuales Nicomacos guarismos,
Y de los Naturales
Exámenes curiosos, y escrutinios,
Los Libios, los Suetonios y los Plinios.

CANCION IX

No en cinco lustros bien pisaba apenas,
Quando para la Cathedra lo llama
De Madauro, su Patria, allí dexando
Sus clases todas de eloquencia llenas,
Avariento de Ciencias, y de Fama,
Centros, en que su espíritu nadando,
Siempre vive anhelando
Con este mismo puesto,
Por hallar su pretexto
En mas publicidad mayor alhago,
Dexa a Tagaste, y passase a Cartago;
Mas ella supo presto,
Que imitar sin su lengua su elegancia,
Como era incompatible, era ignorancia.

CANCION X

No allí tan suelto el mas veloz polluelo
Ligero mide en el vivar violento
De Eolo, el Etéreo, si ambicioso estado,
Águila Real, de mas Sagrado buelo
De Augustino, el espíritu sediento
En menos facultad vivía forzado,
Hasta que desahogado
De Ciencias ambicioso,
Explorador Glorioso,
Buscando nuevo Mar, nadó tan de dentro,

Que halló en espacios Lógicos su centro,
Descubriendo gustoso
En dialécticas Frases a su labio,
Lengua, en que desfogar su Ingenio sabio.

CANCION XI

Aquí ya el suyo en mas activas Frases,
Y en materia mas propia de su genio,
Tanto en su condición llegó a besarlas,
Que la porfía con ella buscó pazas;
Porque entre las victorias, y su Ingenio
No hubo más diferencia, que intentarlas:
Si alguno rechazarlas
Tal vez quiso ignorante,
Luego advirtió al instante,
Que solo en sus disputas la impugnancia
Le era mas resto para mas ganancia;
Pues antes vigilante
Balas fundió, para assestar la ofensa
De aquel mismo metal de la defensa.

CANCION XII

Erra su voz un fuego, un rayo vivo,
Que desatado de la ardiente Esfera
De su elevado genio, nunca vago,
Del labio se vibrava tan activo,
Que su pronunciación siempre guerrera
Se empezava a centuar, por el estrago
Nada en él era amago;
Pues si aun tal vez perdía
Al juego, remitía
A argumentos el caso, y en su instancia
Las pérdidas probava ser ganancia;
Porque altivo sentía,
Que teniendo él su Ingenio, en cosa alguna
Tuviese contra él mano la fortuna.

CANCION XIII

No fue entrar a otra Sciencia en sus peleas
De su Ingenio, descanso, ni delicia,

Voraz Erisichton, que siempre hambriento
De aquel mismo manjar de sus ideas,
No hallando en que cebar bien su avaricia,
Rumiándolas voraz, hazla alimento,
Hércules, más violento;
Que del Huerto Sagrado
De las Ciencias guardado
Supo sacar, para mejor tesoro
De todas ellas, todo el fruto en oro;
Y después maniatado
Al Cancerbero, de quien fue retrato,
En un cuerpo Sabelo, Arrio, y Donato.

CANCION XIV

Humeava en aquel tiempo el cruel veneno
Del Bárbaro Manes, que necio, o loco
Dos Dioses dava en la virtud tan varios,
Que uno fingía ser malo, y otro bueno,
Como si su poder fuera tan poco,
Que no se anihilaran dos contrarios:
En estos temerarios
Tosigos Manicheos
Dieron, pues los deseos
De Augustino en beber (¡o cruel presagio,
Que en ellos lleva ya el mortal contagio!)
Sin duda a sus deseos
A esto reduxo, por querer ufano
Hazer hasta su crimen Soberano.

CANCION XV

Divina prevención, si ser puede esto,
Parece el que Augustino en esta opaca
Vandera examinara su Armería;
Porque a ella echa después con mas arresto
Sacar pudiesse del veneno triaca:
A maña suya suena esta ossadía,
Pues parece que es pía,
Ser queria en sus ardides,
Por tener en las lides
Contra Manes las fuerzas ya tanteadas,
Y mañoso saber sus emboscadas;
O porque como Alcides

En la Hydra untar quería sus flechas antes,
Para hazerlas después mas penetrantes.

CANCION XVI

Bien como el dardo, que brindó a su Esposo
Contra ella misma Pocris ignorante,
La Secta Manichea dava Augustino
De su mismo carcaz el mas rabioso
Harpón, después para ella penetrante,
Logrando antes con él el Dios sin tino
Rendir su diamantino
Pecho, que ardiendo ciego,
Tanto se hizo a su fuego,
Que abezado a su intrépido delirio,
Sólo hallava descanso en su martyrio;
En cuyo loco juego,
Perdiéndolo ya todo, un buen barato
Quiso darle el amor en Adeodato.

CANCION XVII

Eran, pues, estos hierros otros tantos
Contra el de Mónica, pecho lastimoso,
Era un mar de dolores, era un río,
Que desagrado aun en copiosos llantos,
No podía desaguar; y assi a su Esposo
Assi se quexa con amante brío:
¿Qué es esto, Señor mío?
¿Qué es lo que triste passo?
¿Connigo vuestro Brazo,
Una hoja siendo, que la arranca el viento,
Ostenta su poder en mi tormento?
Si fue delito, acaso,
Pedir este Hijo con deseo sin tino,
Páguelo yo, mi Dios, y no Augustino.

CANCION XVIII

¿Es acaso, Señor, oy menos diestro
El brazo, que dio temple a su cuchilla
De la viuda Judith, no se debiera
Oy mi triunfo también a solo el vuestro?

¿No sois, Señor, aquella Piedrecilla,
Que del Monte voló a rendir ligera
Aquella Estatua fiera?
¿Pues quién avrá que diga,
Que en mi pena enemiga
No es el mismo el poder, que en vos oy dura,
Para darle consuelo a mi amargura,
Haziendo en mi fatiga
Oy sea mi llanto su continuo toque,
Piedra para Augustin, y agudo Estoque?

CANCION XIX

Assi para su Narciso amante tierna,
Nueva Eco con Dios sólo se aquexava,
Bolvía a su Hijo, y hallando en él un Muro;
Assi llorava en su congoxa eterna:
¡Pensava yo, Hijo mío, qué mal pensava!
Mármol no huviera, pedernal tan duro,
Que estuviera seguro
A una continua gota;
Mas ya mi pena nota
Ser falso, ¿pues no han hecho en mí querella,
En ti las de mi llanto alguna mella:
De qué malla, o qué cota
Tienes, di, la razón tan resguardada,
Que mis lágrimas no hallan en ti entrada?

CANCION XX

¿Piensas de mi dolor, aun no bien harto
He acabado, Augustin, aun de parirte?
Pues no, Hijo mío, que aora es quando siento
Los dolores mas recios de mi parto:
En el vientre una vez, puedo dezirte,
Nueve meses hiziste sólo assiento;
Mas oy en mi lamento,
Muchas con tu desvío;
¿Qué mucho assi sea el mío,
Si eres mi Benjamín querido al cabo,
Yo la triste Raquel, que por ti acabo?
Pero yo en mi Dios fío,
Que esta preñez de tanto desconsuelo,
Algún día ha de parirte para el Cielo.

CANCION XXI

En lágrimas como éstas, engastadas
En paréntesis mudos de suspiros,
De esta suerte le hablava con los ojos;
Y hallando sus potencias aceradas,
Para la resistencia de sus tiros,
Recurría despechada en sus enojos
Con llorosos despojos
A otros Varones Santos,
Que adormecían sus llantos,
Añadidos, con ver se le despide;
Y aunque llorosa en su aflicción, le pide
Temple dolores tantos
Para Roma se embarca, con los vientos,
Que le soplan sus vanos pensamientos.

CANCION XXII

Enseñando, aquí un año se divierte,
Atendido del gran Valentiniano,
A tiempo que a pedir Milán embía
Maestros a Roma, tuvo tanta suerte,
Que alegre cae sobre el humor ufano
De Augustino, que sólo se gloria
De su aguda armonía:
A esta sazón quexosa,
Nueva Niobe llorosa,
Mónica llega a Roma, amante yedra,
Tras la de su Hijo vio buelta de piedra;
Mas él con sed zelosa
De sólo aplausos, que su afecto abraza,
A Roma dexa, y a Milán se passa.

CANCION XXIII

Era en esta sazón de aquella
Iglesia Ambrosio, dulce, el Argos vigilante;
Con cuya voz de ciertas punterías,
Aun más que la que al Bulcano, recia
En sus caxas, volar hazía arrogante,
Las heréticas bárbaras Harpías:

Oídas sus valentías Augustino, se cierra
A entrar con el en guerra,
Hacia su voz camina embravecido;
Espera un poco, Anteon, date a partido;
Mira, que si la tierra
Dexa un rato tu espíritu violento,
Por triunfo has de contar el vencimiento.

CANCIÓN XXIV

Mas él estos temores despreciando,
Antes por diversión en su Doctrina,
No al rayo atiende, sino sólo al trueno:
¡Oh, qué corrupta está ya una alma, quando
Perdiendo su virtud la medicina,
Al humor se tempera del veneno!
Tenía aun en el seno
De su amante locura
La ética calentura;
Con cuyo achaque, como dulce, amargo,
Más remedio no admite, que el letargo;
Porque huyendo la cura,
La razón en deleytes constipada,
Sólo descansa, en ellos sufocada.

CANCION XXV

Mostróse tan rebelde su dolencia,
Que aunque la causa de ello se hizo aparte
Su enfermedad, viciada en su delito
Purgarse pudo, aunque con resistencia,
De aquel amor la extravenada parte,
Mas no aquella interior del apetito:
Su mal viendo infinito,
Su madre en su deseo,
En el justo Hymeneo,
Desatado el antídoto, le ofrece
En aquel manjar mismo, que apetece;
Mas ni este dulce empleo
Su incendio templá, porque esquivá fragua,
Por nieve bebe sed, fuego por agua.

CANCION XXVI

No menos, que del Can la ira rabiosa
Impressos dexa en la mortal herida
Sus efectos, tan bien con sus dolores,
De Augustino, la lengua contagiosa
Al Christianismo, quiere embravecida
Pegar con su veneno sus errores
Temiendo estos furores,
Ambrosio, que en Dios arde,
No Piloto cobarde,
Al Pueblo ordena pida a sus piedades
Desvarate tan densas tempestades,
Y que su Nave guarde
Del Lógico Uracán del torbellino,
Que en la voz se levanta de Augustino.

CANCION XXVII

En estos tiempos fue, quando enfermando A
quel amigo suyo, con Fe sabia,
El remedio mejor, a su dolencia,
En el Baptismo halló, de que mofando,
Augustino aumentó su ardiente rabia:
Mas viendo Dios su pertinaz clemencia,
Con docta providencia
Descargó su castigo, En llevarle al amigo;
Que como él dize, en tan funesta calma,
Fue arrebatarse la mitad del alma:
Quedó de esto consigo
Tan mal, que quanto hallava en mal tan fuerte,
Imagen la juzgava de su muerte.

CANCION XXVIII

Ya andava aquel Artifice Divino
Trazas poniendo para el gran negocio
Del alto contramuro, que quería
Levantar a su Iglesia en Augustino:
Ya de las fuerzas se valía de Ambrosio,
Ya del castigo, ya de la agonía,
Que en su pecho sentía;
Ya del hastío extraño,
Que le causó el engaño
De la de Fausto, débil arrogancia,

En quien en vez de sciencia hallo ignorancia.
Ya de algún desengaño
De la Christiana luz, con cuyos rayos,
El yelo se escondia de sus desmayos.

CANCION XXIX

De aquí nació, que oyendo en los Sermones
De Ambrosio muchas vezes la eloquencia
De las palabras del Apóstol, quiso
Sus Epístolas leer por diversiones,
Que era lo que buscava su dolencia:
Tenía en ellas oculto ya el hechizo,
Que avía de hallar su aviso;
Y assí iba Dios trazando,
De irlo a él enamorando;
Porque hecho su Discípulo se hallasse,
Para quando a imitarlo se passasse;
Porque en el estudiando,
Le fuese a un mismo tiempo sabio, y presto
Exemplo, Maestro, Libro, Escuela, y Testo.

CANCION XXX

Era esta obra, que a no ser del Divino
Brazo de Dios, mover un Mundo entero
Pareciera preciso, a otro cuydado;
Mas él, que pretendía ya de Augustino
El oro disponer, como un joyero,
Iba forjando la obra, a lo callado,
Ya en el fuego Sagrado
De su piedad fundiendo
Se iba a lo lento, siendo
Su Madre quien en mal y dolor tanto
Con lágrimas caldeava este horno Santo,
Para ver, si gimiendo,
Formar podría el calor de sus bramidos,
Aquel León Africano con gemidos.

CANCION XXXI

Deseava ya, de Ambrosio enamorado,
Mostrarle de una vez su oculto pecho;

Mas juzgándolo en mas ocupaciones
De las que requería, su gran cuydado,
Parecía aun el tiempo espacio estrecho
Para la explicación de sus passiones:
Con estas turbaciones,
Como tenia cargada
La vista, y sufocada
De vapores terrestres, en su encuentro,
No le dexavan divisar el centro;
Y assi determinada
A buscar se entra en su dolor tyrano
Al Santo, como docto, Simpliciano.

CANCION XXXII

Era este Varón tal, que en cada cana
Una borla obtenía de Magisterio,
Y un titulo en sus labios de su Sciencia:
Viendo Augustino, con piedad Christiana,
Los brazos le echa, y con el dulce imperio,
Que observava el vigor de su eloquencia,
Con afable clemencia
Comienza a irlo alhagando,
Y a irle a un tiempo mostrando
Tan áspero el camino, que ha seguido,
Como alegre el de Christo, y esparcido,
Y su yugo tan blando,
Que quando él no forjara por mas cierto,
Debía buscarse por mas suave Puerto.

CANCION XXXIII

Halló materia acaso harto bastante,
Oyéndole a Augustin, que avía admirado
La docta traducción de Vitorino,
Sobre Platón, a que con Fe arrogante
Le díze assi: Si en él has estudiado,
¿Por qué en su Autor no sigues su camino?
Sabe, pues, Augustino,
Que esse fue un gran Romano,
Que a los fines de anciano,
Vi sus canas de nieve en su Baptismo
Alzar llamas, dexando el Gentilismo;
Pues porque esté Christiano

Tu Libro, no será, y en tu memoria
Su exemplo, antes tu Estudio, que su Historia.

CANCION XXXIV

En otros, pues, como estos exemplares,
Dictados del vigor de su eficacia,
Reprehendiendo a Augustin tácitamente
Tan otro, llegó a hallarse en sus pesares,
Que amartelado de la dulce gracia
Quisiera luego hallarla diligente:
Esta ansia solamente
Deseava, Dios piadoso,
Para dar generoso
Salud, a aquel enfermo, y soberano
Hombre, también para ello en Simpliciano;
Y assi sabio, y mañoso
A este modo, ofreciéndole iba medios,
Y en figura de acasos los remedios.

CANCION XXXV

Assi le sucedió, que otro dia yendo
Un Cavallero a verlo, halló en su mesa
El Libro del Apóstol, y juzgando
Lo tenia por profano, entreteniendo
Con él, mas que su gusto, su tristeza,
Reñir quería su inadvertencia, quando
Su intento rechazando,
Le dize enternecido:
No es tan inadvertido,
Que no llegue a alcangar, que tal empleo
Es más para provecho, que recreo;
De lo qual confundido
Ponciano, halló camino en mal tan fuerte,
Para hablar a Augustin de aquesta suerte.

CANCION XXXVI

No menos, que el Apostol oy, pues debes
Rendirte a Dios, pues si él salió sediento
De Católica sangre, tú oy en suma
A ser verdugo mas boraz te atreves:

No pudo él maquinar mayor tormento,
Que el que cruel se disfraza oy en tu pluma;
Mas porque no presuma
Tu pecho de atrevido,
Saulo cayó rendido
De un bruto, y para ver, antes, fue ciego,
Cae, pues, de ti mismo, y verás luego;
El dio al Santo traquido
En llanto la respuesta, ¿tú en mal tanto,
Para quando, Augustin, guardas el llanto?

CANCION XXXVII

¿Hase estancado, acaso, la Potencia
Del alto brazo? ¿No hubo un S. Antonio,
Que a solo una Parábola Divina,
Mudó su libertad en penitencia,
Siendo aun su vida escrita testimonio
Del poder de la suya peregrina?
Yo vi un día esta doctrina
Buelta en santo tropheo,
Caminando a un paseo,
En Treberis; y al leer por accidente
Dos amigos la suya penitente,
Llevados del deseo,
De seguir con fervor, tan alto assumpto,
A hazerlo principiaron luego al punto.

CANCION XXXVIII

Eran estas palabras otras tantas
Balas, que Dios ya para dar principio
A su triunfo arrojaba al fuerte muro,
Con que hiriendo a Augustin, sus puntas santas,
Assi se quexa, a su querido Alipio:
¿Qué es esto, amigo mío ? ¿Qué bronce duro
Oy en mi pecho apuro,
Sediento de Venenos;
Y pues estamos buenos,
Que los indoctos, necios, oy ufanos
El Cielo assi nos roben de las manos,
Y que nosotros llenos
De Letras, y Armas para la defensa,
Las ocupemos solo en nuestra ofensa?

CANCION XXXIX

Aquí anegado en un copioso llanto,
Queriendo proseguir, a hazerlo salen
Las lágrimas, por lenguas de más brío,
Con que impelido, de aquel golpe santo,
Con quien humanas fuerzas nunca valen,
A su jardín lo lleva en desafío:
Viendo, pues, el desvío
De su santo despecho,
Alipio, a poco trecho
Su llanto va siguiendo, del testigo
Para imitarle, en todo fiel amigo,
Hasta que en el desecho
Arrojarlo lo ve triste en la tierra,
Y entrarse a nuevo mar en mayor guerra.

CANCION XL

Como otro Adán, allí ya fugitivo
A la sombra se arroja de una higuera;
Que quizá por no aver estéril dado
Antes tan dulce fruto, halló motivo
Para su maldición, o porque diera
Satisfacción alguna a su pesado
Original pecado:
Ya allí en sesiones mudas
De batallas agudas
La tormenta empezava, siendo a su alma
Aun de riesgo mayor la de la calma;
Viéraslo aquí en sus dudas,
Querer, como Jacob, allí, aunque improprio,
Forcejar cuerpo a cuerpo, con Dios proprio.

CANCION XLI

Si pudiera correrse, aquí ya el velo
Para atender, al tenebroso abismo,
Que dentro de aquel alto Ingenio andava,
Espectáculo raro, fuera al Cielo
Ver en batalla, allí consigo mismo,
Al que en menos palestra, nunca entrava

Y aquí en campaña estava
El poder Soberano,
Contra un hombre, que vano,
Por rechazar el golpe, que temía,
Se rehazla de mas hombre, y lo impedía;
Porque no quería ufano
En batallas mentales por partido,
Ser vencedor, por no quedar vencido.

CANCION XLII

La pobre navecilla del discurso
A este tiempo sondando el mar salobre
De sus dudas, confuso, rezeloso, juzgando
Isla el peñasco por recurso,
A él pretende arribar su barco pobre;
Conoce el riesgo, y huye temeroso;
Dale la guja medroso
Al propio amor, que sabe
Fingirle el ayre suave,
Hasta que huyendo del entendimiento
De la memoria, se alga un recio viento,
Encalla allí la nave,
Quedase surta, y todo el vaso roto,
Entra la noche, y piérdese el Piloto.

CANCION XLIII

Crepítense las negras tempestades,
Elévanse las velas a la cumbre,
Entra la calma de las suspensiones,
Quando en lo cruel de las obscuridades
Al mar aclara una celeste lumbré;
Mas el juicio engolfado en turbaciones,
Juzga en sus aprehensiones,
Que aquellas luzes bellas
Son pálidas centellas,
Que aborta la tormenta, y entre horrores,
Que relámpagos son, no resplandores;
Y aun las claras Estrellas
Globos las finge, y en su vista inquieta,
Hasta la Luna passa por Cometa.

CANCION XLIV

Ni el fatal laberynto mas terrible
Círculos forma, que el que en lazos varios
En aquel Caos mental, se enredan nudos,
Ni monstruo, el Minotauro, más horrible
Sangriento se mostrava, a sus contrarios,
Como boraces, los afectos mudos:
En aquel juicio agudos
Se descubren feroces,
Laberynto, sale de labor.
Ni sus calladas voces
Menos assombro dan, en sus quexidos;
Que aquel viforme bruto, en sus bramidos,
Todo en lazos atroces
Se ve sitiado, siendo allí su miedo,
La fiera que imagina, y él su enredo.

CANCION XLV

Quiere ya arrepentido hallar el Valle
Del Dolor, y al entrar por la memoria
De sus gustos passados, su delito
Haziendole extraviar por otra calle,
Lo entra en la del deleyte, y vanagloria
Con que buelve, a la infiel del apetito;
Y quando mas contrito
Llega a hallar ya a la puerta,
Al dar en otra cierta,
Que al proposito sale, confundido
Del dificulta, y buelverse perdido.
Juzga esta calle incierta,
Por querer medir ciego sus impulsos,
La gracia a fuerja de sus flacos pulsos.

CANCION XLVI

Segunda vez la contrición empieza,
Y al bolver al camino de la enmienda,
De la sensualidad, monstruo furioso,
Oye la voz, que espanta a su flaqueza,
Vese cobarde, y quédase en su senda,
Juzgando en la pereza hallar reposo;
Mas, o Dios poderoso,

Que amante tu deseo,
Más que Adriadna, a Theseo,
Librar al hombre sabe en riesgo tanto,
El fácil hilo, de tu auxilio Santo
Dígalo oy el tropheo
De Augustín, que ya en brazos de la muerte,
Tuvo voz, para hablarte de esta suerte.

CANCION XLVII

Y pues, Señor, estás muy enojado
Con este hombre enredado, en tanto abismo
Dirán ya más mañana mis locuras,
Quería de ti alexarse mi cuydado;
Y ésta baste, tú dentro de mí mismo
Buscavan gusto en otras hermosuras
Mis delicias impuras,
Teniendo en ti mi gozo,
Qué tarde mi reposo
Te halló, Señor, mas para que lo entienda,
De tu gusto me muestra alguna senda;
Oyelo, Dios piadoso,
Y esta voz le retorna agradecida,
Toma, y lee, por tres vezes repetida.

CANCION XLVIII

Pues qué es esto, Señor, a Paulo embias
A Ananías, y acá a leer a Augustino?
Diremos, que en tamaño beneficio
No pudiera encontrar otro Ananías,
Mejor que Paulo? ni mejor camino,
Que entrar él en sí proprio a este exercicio?
Si porque a este gran juizio,
Como allí por tarea,
Le dé Dios en que lea,
Lo que es Maestro, bien sabe lo que se obra,
Que teniéndose a sí, Maestro le sobra;
Porque en esta pelea,
A no arguirse a sí proprio en tal abismo,
¿Quién pudiera concluirlo, sino el mismo?

CANCION XLIX

O porque, como Dios ya destinado
Tiene a este Ingenio, contra la Heregia,
Parece que pretende en este intento
Tenga en su triunfo ya lo mas andado;
Porque industriada en sí su valentía
Se asegure el mas arduo vencimiento:
Oye su entendimiento,
Aun antes que su oído,
Este Santo traquido,
Acuérdasele al punto la victoria
De San Antonio, y para hallar su gloria
Con su Alipio querido,
A leer en el Apóstol, se apresura,
En quien esta doctrina halla segura.

CANCION L

Tiempo es ya de que el alma se descarne
De gustos, y festines inmodestos,
Las querellas dexar, y emulaciones,
Salir del captiverio de la carne,
No bolver a los lechos deshonestos,
Renunciar las terrestres invenciones,
Dexar las ambiciones
Del Mundo, siempre horrendo,
Y de su escollo huyendo,
Ya de Christo vestirse vigilante,
Como de ropa nueva rozagante;
Y Alipio, prosiguiendo,
Recibelo, Señor (leyó) que yaze
En la Fe enfermo; ¿qué más clara frase?

CANCION LI

Parece, que caí Christo victorioso
Renovar quiso con piedad Divina
El milagro del hijo de la viuda,
Diziendole a Augustino generoso:
Contigo hablo, levántate, y camina,
Porque a dar vaya con su vida ayuda
A la congoxa muda
De su Madre postrada;
Que como Ana elevada

Clamando, en su Oratorio, a Dios este hijo,
En él vino a encontrar su regozijo,
De que tan espantada
Quedó, como si viera, ya no esquivo,
Del atahúd levantar, a su hijo vivo.

CANCION LII

Mudó el Mar de su llanto, aquí en su gozo
Los efectos también, como hizo el Cielo
Campeando, en el Bermejo sus favores,
Pues quedándose el llanto en alborozo
Era firme camino a su consuelo,
Y escollo, en que se ahogaban sus dolores
Con amantes clamores,
Dexando solo el gusto
Para sí solo justo
Humilde en la victoria, con Fe ciega,
El triunfo, y el despojo a Dios le entrega;
Y buelta de este susto
El alma, al hijo le echa en sus brazos,
Por el tierno contacto de los brazos.

CANCION LIII

Cessando estas serenas tempestades,
Previene luego de poner con ansia
En práctica de Paulo la Doctrina,
Y la Cathedra huyendo, y vanidades
Tierno a la de Vercon, cercana estancia,
Cathecúmeno alegre se encamina:
Aquí en esta Oficina
Del gustoso sossiego,
El dulce alegre riego
Del rocío Celestial tan presto entiende;
Que quanto mas del goza, mas se enciende,
Siendo ya tal su fuego,
Que hasta la boca llamas elevadas
Suben, en sus palabras disfrazadas.

CANCION LIV

Escrivele de aquí, dándole cuenta

A San Ambrosio, del feliz estado
En que se halla su espíritu animoso,
Y él con dulzura tal, sagaz lo alienta;
Que al leer su carta, encuentra enamorado
Nuevos motivos a su alegre gozo,
Y llegando el dichoso
Día, en que ya con Paulino,
A Deodato, y Faustino,
Alipio, y otros muchos, que resueltos
Sus passos siguen, a Milán, ya bueltos
De aquel brazo Divino,
Del gran Ambrosio, luz del Christianismo,
La dulce agua reciben del Baptismo.

CANCION LV

Aquí llamo a los Coros Celestiales,
Que assomados al Cielo los contemplo,
Ya como absortos, ya como embidiosos
Del Baptismo, y con él de glorias tales,
Quantas admiran, viendo ya en el Templo
El Empyreo, abreviado en nuevos gozos:
Aquí los mas ansiosos
Hallaran oy Divino
Tal fuego en Augustino,
Que a faltar agua, para este acto Santo,
Materia del pudiera ser su llanto;
Y con ardor tan fino,
Que podía administrarle en el desecho
El Baptismo de fuego, el de su pecho.

CANCION LVI

Aviendo estado aquí, con el gran
Padre Ambrosio, algunos días, y Simpliciano,
Para el África parte, por instancias
De su ya nuevamente amante Madre;
Mas estando con ella, y con su Hermano,
En Ostia Tiberina, en dulces ansias,
A mayores ganancias, T
oda en Dios encendida,
Mónica, de esta vida,
Con más merecimientos, aunque canas,
Se encumbra a las mansiones Soberanas;

Siendo esta cruel herida
Para Augustin a un tiempo agudo estoque,
Y al mismo de su Fe crisol, y toque.

CANCION LVII

De aquí a los Santos Hiermos de Toscana
Alga el buelo, teniendo la noticia
De sus Monges, su estilo, y su pobreza,
En cuya santa vida (nada humana)
Un año ocupa, dando a su Milicia
En su primera regla, más firmeza:
De allí con mas destreza
Encamina constantes
Los passos vigilantes
A otro del Mar vezino, cruel Desierto,
Que es para el Cielo venturoso Puerto;
Veese un Monte en él antes,
Que a la vista se finge, en su alto anhelo
Almohada verde, en que descansa el Cielo.

CANCION LVIII

Desde aquí aquella Corte peregrina
De aquel Cielo terrestre luminoso
Se ve a su falda, y en su yermo obscuro
Poblada a trechos, su Ciudad Divina,
Haze aquí un Valle, a quien un risco ansioso
A un tiempo sirve de mordaza, y muro
Al Mar, allí, que duro,
Toda su furia loca
Con él picado choca;
Bátele altivo, y viendo su rechaze,
Para cobrar más fueras, atrás se haze;
Resístelo la roca,
Las olas dobla, y quanto más porfía,
Ve más frágil, su azul artillería.

CANCION LIX

Por esta margen, pues, en los esquivos
Cóncabos más ocultos de sus breñas
Habita el fiel comercio, solitario

De aquellos Monges, que enterrados vivos
Hazen allí engastados, en sus peñas
Juntos, un soterráneo Relicario,
Siendo un pálido Ossario
De aquellos cuerpos mudos,
Que de carne desnudos
Traen ya de ella, huyendo los excessos,
Peregrinando el alma por los huessos;
Y enseñándose agudos
El atahúd, desde allí cada uno fuerte,
En el rostro del otro ve su muerte.

CANCION LX

Haze un bolcán en estas peñas brutas
Por un lado un alar, que un claustro labra,
Donde rotas debaxo de su techo
Se ven en vez de celdas tristes grutas;
Ay otras apartadas en una abra,
Cuyas puertas oculta el verde elecho;
Y en este mismo estrecho,
Cerca de una escabrosa
Zarpa, allí misteriosa,
Una palma se ve, simbolo recto
De una alma justa, y de un valor perfecto;
Veese otra negra choza
Lexos de allí, terrestre Purgatorio,
Y de la misma noche dormitorio.

CANCION LXI

Aquí quanto se mira es todo Cielo,
Silencio aquí quanto se escucha todo;
Porque quando en su exemplo se predicán
Los unos a los otros en su anhelo,
Queriendo remedar del Cielo el modo,
Por especies no mas se comunican;
Sólo aquí se platican
Por el entendimiento,
Y siguiendo un intento,
En dos lenguas estudian una sciencia,
Que son contemplación, y penitencia:
De esta en un aposento
Oireis a uno, por huir de su miseria,

Explicar en azotes su materia.

CANCION LXII

En un rincón de este peñasco arisco
Rompió naturaleza, de un barreno
En salón negro, en cuya boca fuerte,
A modo de portal fabrica el risco
Un arco tosco, en un oculto seno,
Antecámara triste de la muerte;
Que del horror, que vierte
Desde sus chapiteles,
Funestos brocateles
De artificiosas telarañas viste,
Proprio aparato de este albergue triste;
Siendo allí los doseles,
De que se adornan sus ocultas naves,
Vestigios negros de nocturnas aves.

CANCION LXIII

Una quadrada piedra, aquí en un hoyo,
A mano está encaxada, pobre mesa
De esta, que más que cueva es triste agujero;
Fórmase de ella misma en otro poyo
Un banco, que esta bobeda atraviesa,
En que ay algunos Libros, y un tintero:
En este negro otero
De tinieblas cubierto,
Como en un dulce puerto,
Veréis a mi Augustin, que hijo del llanto
De su Madre querida, Moyses Santo
Es, que en este Desierto
Sirve a los otros, desde aquel Castillo,
De columna, de fuego, y de Caudillo.
13 Otra errata. Debe leerse:
Un salón negro, en cuya boca fuerte,

CANCION LXIV

Parece, que aquí Dios quiere ya grato
Desde su corazón por zarza ardiente
En esta soledad, con él gustoso,

Bolver a renovar su antiguo trato;
Ya aquí a solas con el Augustin siente,
Que es suya aquella voz, y fervoroso,
Entendiéndola ansioso,
De aquella hoguera Santa
Tanto fuego levanta,
Que la humedad huyendo, sus enojos
En lágrimas se expele por los ojos;
Siendo su llama tanta,
Que no pudiendo reprimirse dentro,
Hasta el rostro se esparce de su centro.

CANCION LXV

Aquí en lo sordo de la noche a solas,
Quando distintamente el Mar se escucha,
Hypócrita, querer también ruidoso
Imitar los azotes con sus olas,
Como Jacob, en otra obscura lucha:
Hasta el alva veréis aquí animoso,
A Augustin valeroso,
La negra ropa fuera,
Ya de la espalda austera,
El azote en la mano tan hallado,
Y el cilicio con él tan entrañado,
Que juzgarse pudiera
Ser de azero su carne, o lisongero,
El silicio de carne, y no de azero.

CANCION LXVI

Aquí la espalda, ya purpúreo lago,
¿Qué iras no sufre en este oscuro abismo,
Siendo ardid este de la penitencia?
Pues si viera Augustin tan cruel estrago,
Por no ser homicida de sí mismo,
Se tratara quizá con más clemencia;
Mas antes con violencia,
El de golpes sediento,
Tanto añade el tormento,
Que de arrojar no dexa en sus despojos
Sangre por ella, y agua por los ojos,
Tesoro, que su aliento
Ha aprendido sagaz, hábil, y ossado,

Del de su Redemptor, roto Costado.

CANCION LXVII

En esta ocupación entretenido
El Sol lo halla, dexando por el suelo
Carámbanos de sangre, que quexados
Con las que della gotas han caído,
A un tiempo se hazen, con el tiempo, y yelo
Granizos, entre piedras encarnadas:
Sintiendo ya postrados
Sus penitentes bríos,
Con amantes desvíos
Dexa el rigor, y a la contemplativa
Ocupación se passa desta activa,
Echos dos dulces ríos
Sus ojos aquí ya con regozijo,
Assi tierno suspira, a un Crucifixo.

CANCION LXVIII

¿Cómo el pelo, Señor, no se me eriza,
Quando tan tibio me hallo, en tu presencia?
Si los Coros en ella Angelicales
Turbados temen, ¿cómo mi ansia omisa
En lágrimas no da su reverencia?
Mas ¿cómo sin tus fuerzas celestiales
Puedo hallar bienes tales?
Por esto en tal quebranto,
Te pido el don de llanto,
Para que en él mi sequedad renuncie,
Y en lagrimas mi afecto se pronuncie:
Por aquel dolor Santo
Con que lloraste a Lazaro, tu amigo,
A que me des este favor, te obligo.

CANCION LXIX

En otras, pues, como estas tiernas voces
De un Idioma acentuada, todo en fuego,
Llamas por frases de su voz rebientan,
Que hablan desde el silencio, más veloces;
De aquí passa al estudio, y pluma luego,

El fervor, y la lengua, porque inventan
Las manos, que lo intentan,
Quando su ardor previenen,
Y del suyo se abstienen,
Embidiosas también lenguas bolverse,
O su lengua mental manos hazerse;
Aquí a la tarde vienen
A él por recreo, como a un alegre huerto,
Algunos Monges, Padres del Desierto.

CANCION LXX

De este Alcázar silvestre, a poco trecho,
En una abra, en un peñasco, ay que destila
El agua a gotas, misero coopero
Del ayuno, Ministro tan estrecho,
Que apenas sale de la bruta pila,
La que humedad dar puede al labio austero;
Esta da en un agujero
De una losa rajada,
A sus golpes ondeada,
De donde apenas el raudal, que suelta,
Llena de un caracol la primer buelta,
Taza proporcionada
A esta mísera fuente, porque ansiosa
Otro no se la agote, por porosa.

CANCION LXXI

Entre un cañaberal, rustico adorno
De este eriaz, recreo, peregrinando
Un Cambrón melancólico, se embreña,
Venerada estación de aquel contorno
Por parábola sabia, que del mando
En sus puntas sus glorias sabia enseña;
Vense allí en otra peña
Dos matas de cardones,
Que hechas a estas lecciones
Quieren también vestirse peregrinas
El silicio sutil de sus espinas;
Porque en mudos Sermones
Halle el contemplativo en Letras Santas
Punto para ello, aun en las doctas plantas.

CANCION LXXII

De aquí al cerúleo golfo, azul abismo
Sale una brecha, lóbrego recreo,
Que frequenta Augustin, yendo estudiando
En el casero libro de sí mismo;
Aquí en la Trinidad, un día este empleo
Va apurando veloz, quando jugando,
A un Niño mira echando
Del Mar agua a un hoyuelo;
Burlase de su anhelo,
Oyendo, que a el mudar el Mar pretende;
Mas respóndele el Niño, que lo entiende,
Riñendo su desvelo:
Dios es el Mar, este hoyuelo tu Sciencia,
Como tu a ella passar quieres su Essencia?

CANCION LXXIII

Quedó Augustin, al passo, que turbado,
Más docto en la humildad, templando ansioso
Las alas de su espíritu prudente;
Mas llamándolo luego otro cuydado
A Tagaste otra vez le fue forzoso
Irse, aunque con dolor, cuyo accidente
Al Monge más valiente
Lo embuelve en agonías;
En estos mismos días
En su segunda Regla, su desvelo
Firme rumbo les dexa para el Cielo;
Y bien como otro Elías
Ya de allí arrebatado, con tropheo,
En cada Monge dexa un Eliseo.

CANCION LXXIV

A su Patria arribando, pues, ansioso
De sacudirse el polvo más menudo,
Que a él pudiera saber, oro en polvo haze
Del mismo polvo, dando presuroso
El suyo a pobres (alquimista agudo,
Que assi sube lo mismo, que deshaze:)
Y porque a todos passe

Aplica su clemencia,
Lo demás de su herencia
A un Hiermo Monasterio, que edifica,
A que él con otros muchos se dedica;
Siendo esta la ascendencia
De donde corren para luzes bellas
Más hijos suyos, que allá el Cielo Estrellas.

CANCION LXXV

Desde aquí, como el Sol, que no pudiera,
Alzando luzes, esconderse esquivo,
Aunque a otro oculto Cielo, se elebará
Más, que impossible en él hazerlo fuera
En este mejor Sol, si fugitivo
Al más lóbrega abismo se passara:
Por esto su luz clara
En las concabidades
De más obscuridades,
Como presa en un velo transparente
Reverbera desde ella más ardiente;
Siendo estas soledades
Claras vidrieras, que por arcaduces
Van derramando todo un mar de luzes.

CANCION LXXVI

Con ésta, pues, de rayos avenida,
Vezina a su Equinoccio, mal pudiera
Hipona no nadar en resplandores,
Esphera más dichosa, más lucida,
Que el quarto Cielo, donde reverbera
El Sol, como en su Corte, más fulgores;
Por esto en sus ardores,
Ella, y el gran Valerio,
Pastor de su emispherio,
A repugnancia de la suya recia,
Por Obispo lo eligen de su Iglesia:
Soberano Mysterio,
Haga el Pastor al León, que temer pudo,
De su aprisco Pastor, Campeón, y Escudo.

CANCION LXXVII

Para ésta fuera, sólo la energía
De la suya perdió flaco el azero,
Porque era todo un Dios con quien peleava,
Y este poner aquella luz quería
Ya de este modo sobre el candelero
Contra la obscuridad, que ocasionava
La que en su Iglesia dava
La Herejía maldiciente;
Contra cuya Serpiente,
Como contra la Phitia, su arco Apolo
Esgrimiendo su báculo, no sólo
La pisa assi valiente,
Sino que hecho Argos de su astuto robo,
Sin dexar el rebaño, sigue al Lobo.

CANCION LXXVIII

Desde allí, como el Mar, que quantos sorbe,
Claros cristales, y por rotas venas
Otra vez los reparte generoso
Liberal, Augustin, inunda el Orbe
De aquellas mismas luzes, que serenas
Bebe de Dios su espíritu animoso:
Desde aquí, pues dichoso
El clima más distante
De aquel ambar fragante,
Que despide el olor de su Doctrina
Goza feliz, como la más vezina,
Desde donde arrogante
Trazando los peltrechos, a su abance
No ay remota Región, a que no alcance.

CANCION LXXIX

Aquí fue ya, quando aquel fruto hermoso
Bolvió a nacer de insignes Superiores
En el gobierno suyo retratado;
El sacó de David lo generoso,
De Salomón políticos primores,
De Abrahan el patrocinio dilatado,
De Josué lo esforzado,
De Elías el recto zelo,
De Jacob el desvelo,

De Joseph la franqueza, y con prudencia,
De Moysen la piedad, y providencia,
Uniendo sin anhelo
Al culto de Samuel, con gallardía,
La sagaz de Daniel cortesanía.

CANCION LXXX

Las virtudes aquí con eminencia
Heroycas a la luz de su enseñanza
A un buelo se remontan tan altivo,
Que la Fe se convierte en evidencia,
En possessión tranquila la esperanza,
Quando en la caridad, el fuego activo
Le encuentra tan esquivo
A lo común, que a agravio
Lo suena esto a su labio,
Y su amor no cabiendo en lo possible,
Echa mano su voz de lo impossible;
Porque como Dios sabio
Puede solo a sí amarse propriamente,
Para hazerlo él assi, se finge este ente.

CANCION LXXXI

Este, pues, racional orno Divino,
No solo crece en Dios, sino que hoguera
Por tener de su nombre Imagen nombre
Brilla en el hombre, con amor tan fino,
Que quien viera assi amarlo, presumiera
Que tenía por su Dios, a sólo el hombre;
Y porque esto no assombre,
Para pobres Christianos,
Los Vasos Soberanos
Tal vez vendió, sabiendo por su exemplo,
Que los pobres de Dios, son vivo Templo;
Dando también las manos
A Dios, y al hombre, su piedad ossada,
Que en el hombre ama Dios, del hombre nada.

CANCION LXXXII

En piedad la justicia, a quien empapada

Haze un ingerto, que hasta el Cielo crece,
De aquí la fortaleza toma aliento,
Ya espíritu, su carne, ya abesada,
Es tanta su templanza, que parece,
Que de solo el ayuno hizo alimento;
Todo en el es portento,
Solo con santa maña
En su humildad se engaña,
Porque siente de si tan baxamente,
Que en esto solo la humildad le miente:
¡Más, o gloriosa hazaña,
Sabio Nembrot, que para aliarte al Cielo,
Has labrado las Torres, azia el suelo!

CANCION LXXXIII

Su penitencia aquí toda rigores
Es tanta, que si Dios como en Job diera
Permiso a Luzifer, que del abismo
Saliera a atormentarle con dolores
Para hazerlo mejor, no se valiera
De otro mas cruel verdugo, que dél mismo;
Mas fuera barbarismo,
Porque esta dulce triaca
De la oración la saca,
En que ocupada siempre su aspereza,
Le es ya su elevación, naturaleza,
Con quien fiel su alma aplaca
De su cuerpo el rigor, con tal victoria,
Que del Infierno dél, saca ella Gloria.

CANCION LXXXIV

En fin, a tener cuerpo las virtudes,
A ser las perfecciones corporales,
Sólo al Santo Palacio de Augustino
Se fueran a estudiar nuevas quietudes;
En él la devoción pone sus Reales,
En él su trono, el zelo, y peregrino,
Como en un cristalino
Espejo de luz pura,
La castidad se apura,
En donde si afligida es meritoria
Alguna vez, es por mostrar mas gloria;

Sirviendo a su hermosura,
Porque brille mejor su continencia
De respaldo a su luz, la resistencia.

CANCION LXXXV

No por esto su pluma se olvidava
En trazar prevenida municiones
Contra la contumaz loca Herejía,
Que de tinta, y papel piezas labrava
De sylabas trincheras, y orroneones,
Que oy son de nuestra Iglesia artillería:
Cada una es batería
Contra su astuta gala,
Cada coma una bala,
Cada rasgo una bomba, cada pliego
Muchos abances, en que a tinta, y fuego
Encuentra en él, que exala
Contra estos Esquadrones, ya difuntos,
Victorias en las tildes, y en los puntos.

CANCION LXXXVI

Un paréntesis sólo del profundo
Conclusión se convierte inaccesible
En sólo una pregunta, en sólo un quare
Ay argumento, que hasta fin del Mundo
Concluyendo estará, sin que possible
Al enemigo le sea, con él se encare;
Y porque no le pare
Otro, apenas oy día
Avrá alguna Heregia
La más loca, que no halle en sus tratados
Antídotos contra ella, y aprestados;
Porque es tal su energía,
Que aviendo ya rendido las presentes,
Se entró talando hasta las contingentes.

CANCION LXXXVII

En fin, no ay Dogma alguno, que haga cara
A sus irrefragables sylogismos,
Ni alta materia, o nimia, que exprimida

De su pluma no esté, ella hacha clara
Manifiestos descubre los abismos;
Ella trastorna el Cielo, y a él su vida
Averigua la vida
De los Astros, y Estrellas,
De globos, y centellas;
Y entrándose más dentro, a sus mansiones
Sabulle el Mar, y passa a las Regiones
De todo este Orbe bellas,
Sin que aya alguna cosa, oy inventada,
Que por él no estuviera averiguada.

CANCION LXXXVIII

Que sciencia no parece su exercicio
Único, y solo siendo, allí su pluma
Dioptra sutil, ¿con qué feliz trasmina
Del Mundo, y Cielo, hasta el postrer resquicio?
¿Para qué son mas Obticos en suma,
Que su Canon? que todo lo examina,
Sobre todo se empina,
Sobre todo trabaja;
Y aunque nada lo ataja,
Parece le fue fuerza, a sus empleos,
Tener por escrivientes, mil Briareos,
Y por justa ventaja
Para escritos, tan varios, y tan largos,
La vida de Néstor, los ojos de Argos.

CANCION LXXXIX

Assí un día Christo en amorosa seña
Pobre se le aparece, a que le labe
Los Sacros pies (enigma prodigioso:)
Si el dexarse labar, como el enseña,
¿Dize mancha? y en Christo ésta no cabe,
Parece, que a entender, da mysterioso
En este hecho assombroso,
Que a ser por imposible
Alguna en él possible,
Como ya el Arrianismo la fingía
Limpiarse de essa mancha, no quería
Su poder invencible,
Sin que Augustin el agua administrasse,

Porque duda assi de ella no quedasse.

CANCION XC

Esta, que apenas cabe en ficción necia,
Porque mas la Heregia rabiosa ladre,
Le fue a Christo tan grato Sacrificio,
Que encomendando en él su Santa Iglesia,
No sólo lo alga, a Grande, más a Padre,
Como que le descubre, en este oficio,
Por un débil resquicio;
Que si possible fuera
El que Padre escogiera,
No teniendo Abeterno el suyo Santo,
Es de Augustin el merito ya tanto,
Que si faltar pudiera
El suyo Eterno, por amor más fino
No eligiera más Padre, que Augustino.

CANCION XCI

No ay sciencia en fin, que no le de su silla,
Estado, o Coro, donde no se siente,
A él lo veneran, como Principado,
Reynos enteros, él con maravilla
Manda al demonio, potestad valiente;
El siendo Serafín enamorado,
Cherubín es quemado,
Apóstol verdadero, De la Fe pregonero,
Obispo, Confessor, Doctor, Patriarca,
De Ordenes muchos, de quien es Monarca,
Y de todos Luzero;
Solo Martyr no fue, y en su eminencia
Parece fue esto en el más excelencia.

CANCION XCII

Pues si la ansia mas cruel, que en su alma ardía
Era la del martyrio, si la hallara,
No martyrio descanso en él tuviera,
Ni al fuego, que en su pecho se encendía,
Qual otro equivaliera, ni llegara,
Ni en qué Philosophia caber pudiera

El que él en él muriera;
Porque si es evidente,
Que el corazón valiente
El último es, que muere estando el suyo,
Como hasta oy se ve, vivo; bien arguyo,
Que estando allí presente
De la Fe algún contrario al sacrificio,
Nunca morir pudiera en el suplicio.

CANCION XCIII

No por esto perdió su honrosa Palma,
Según su opinión misma, pues ya buelta
De espíritu su carne, los tormentos
Que avían de dar en ella, dan en su alma,
Que es lo que queda del, porque resuelta,
Martyr más noble lo haga, y sus alientos
Consigan sus intentos;
Cuya sabia experiencia
Nos mostró su clemencia,
Viendo a Hipona de Vándalos sitiada,
Que a su Jesús, con voz sobresaltada,
Pide con reverencia
En los suyos remedie daño tanto,
O a él la vida le quite en el quebranto.

CANCION XCIV

Este último fervor a su ossadia
Esperavan los Cielos, para darle
De todos los estados los Laureles,
Porque alguna no hubiera Gerarquía
Zelosa de tal bien, ni que a el faltarle
Pudiera algún sitial en sus doseles:
En fin con ansias fieles,
Desta pena assaltado,
Dio en la cama postrado,
En donde no pudiendo su paciencia
Vivir sin penitencia, penitencia
Con, la vista elevado
Hacía, leyendo entre sus doctos males,
Los Psalmos de David Penitenciales.

CANCION XCV

Desde aquí, como Christo en el estrecho
Espacio de la Cruz, la ya perdida
Vida en la suya dio, no de otra suerte,
Desde el duro patíbulo del lecho,
Sana a un enfermo, dando a muchos vida
Con su exemplo, y sirviéndole en su muerte
El lecho potro fuerte,
De pulpito de fuego,
Desde el sonoro luego
Dulce Cisne, a sus Monges canta suave,
De la muerte veloz, la sciencia grave;
Teniendo con sossiego
Qual Cileneo, aunque tiernos, sus oyentes,
De su boca engarjados, y pendientes.

CANCION XCVI

Con un Christo en la mano aquí abrazado,
¿Qué llamas de su boca no revientan?
Parece que en retorno a sus ternuras
A ella en lenguas de fuego el ha baxado,
O que en ella los Ángeles intentan
La Música ensayar con mas dulzuras,
Y con sus voces puras
Allí a desterrar cadencias,
Glossas, y diferencias
Para la que la Gloria, alegre fiesta,
A la entrada de su alma hazer apresta;
Con cuyas assistencias
Con la vida impaciente, a que no aspira,
Assí con su Jesús tierno suspira.

CANCION XCVII

No tengo, ¡oh mi Señor! mayor contrario,
Que este mi cuerpo, que qual León rabioso
Morder a mi alma siempre quiere fuerte;
Por esto suspirando, en mal tan vario,
Diré también con llanto, quien piadoso
Me librá del cuerpo de la muerte,
Para que de esta suerte
No cayga en la segunda;

Mas sólo en vos oy funda
Su triunfo mi alma, sólo a vos atiendo,
Y en vuestras rotas manos la encomiendo;
Con cuya voz profunda
Da su espirito a Dios, y en algún modo
Una embidia dél Santa, al Cielo todo.

CANCION XCVIII

En fin aquella luz, bien como el fuego,
A quien muro de nieve, impide el passo,
Y espoleado del ayre alas pretende
A un seco tronco, a quien bolando ciego
Los nudos de cristal a su embarazo
Veloz desata, hasta que en él se prende,
El que mejor se enciende
En mi alado Augustino Violento, o peregrino
En el cuerpo, teniendo a puerta franca
La Gloria abierta, del veloz se arranca;
Que por Fénix Divino,
Solo en los del Sol rayos más hermoso
Podía, como en su centro, hallar reposo.

CANCION XCIX

Si pudiera, en la Gloria aver vacíos,
¿Qué estrechos no se hallaran sus Palacios
Este día con tal luz, y si pudieran
No ser del Gentilismo desvaríos
Presumir, que en sus zélicos espacios
Sus Dioses fabulosos, Astros eran
Es cierto, que oy hizieran
Dos Soles en el Cielo;
Y aun quizá su desvelo
En este mismo día sabio Profeta,
Las fiestas disponía de aquel Planeta;
Astro no lo venera el más Divino,
¿Cómo al Sol de justicia, el más vezino?

CANCION C

¿Mas dónde afecto mío
Ícaro subes con pesadas alas?

Suspende el desvarío,
No titán atrevido hagas escalas,
Que perderás con mengua
En tal altura la nativa lengua;
Porque hazerlo no puedes oy en suma,
Mientras mi Santo, no te da su pluma.

FINIS